

lis; porque no es suficiente para la bondad divina el enviar un ángel para recoger y honrar el alma justa de un pobre, sino que envía una legion de ángeles para que formen un coro en derredor de ella, la colmen de demostraciones de júbilo, y la lleven al cielo como en triunfo (1). ¡Oh! ¡Cómo rivalizan esos ángeles entre sí en anhelo y afectuosas consideraciones para con el alma santa del pobre!.... ¡Con qué transportes de gozo se encargan de llevar aquella alma querida, se la disputan unos á otros, la abrazan cariñosamente como á una hermana, como un nuevo monumento de la gracia de Jesucristo, la tratan con reverencia como esposa y reina de su Señor comun, y la colman de bendiciones y de alabanzas al ver brillar sobre su frente la corona de gloria, la aureola y el signo de la predestinacion eterna!.... No, no hay funcion más grata para los ángeles que el encargo de presentar á Jesucristo en el cielo las almas de sus elegidos (2).

Dé esta hermosa revelacion, por la que Jesucristo nos ha presentado á los ángeles llevando en sus brazos el alma de Lázaro, y colocándola en el cielo, ha tomado la Iglesia el rito tan dulce y tan tierno de la recomendacion del alma en el momento de la muerte. Apénas el fiel ha exhalado el último suspiro, la Iglesia pronuncia estas palabras: «Venid en su auxilio, santos del cielo; ángeles del Señor, corred á su encuentro, recoged su alma, y ofrecedla á la presencia del Señor» (3). Y al alma dice la Iglesia: «Partid gozosa, y que un coro de ángeles os reciba, como si fueseis uno de ellos; por manera que con Lázaro, en otro tiempo tan miserable y ahora tan dichoso, obtengais la eternidad del reposo, y el reposo de la eternidad» (4).

¡Cuán terrible y desconsolador es por una parte, y por otra cuán gracioso y consolador el cuadro que el Señor nos pone hoy á la vista! ¡Qué contraste entre el rico, poco ántes instalado en un magnífico palacio, y ahora sumergido en lo más profundo del

(1) Non sufficit ad portandum unum pauperem unus angelus; plures veniunt ut chorum lætitiæ agant. (S. Joan Chrys.)

(2) Gaudet unusquisque angelus tantum onus tangere; libenter talibus oneribus prægravantur angeli, ut ducant homines ad regna cœlorum. (Ibid.)

(3) Subvenite sancti Dei, occurrите angeli Domini, suscipientes animum ejus offerentes eam in conspectu altissimi. (Rit. rom.)

(4) Chorus angelorum te suscipiat et cum Lazaro quondam paupere æternam habeas requiem. (Ibid.)

infierno, y Lázaro, poco ántes tendido sobre la dura tierra, devorado por el hambre, entregado á todos los paroxismos del dolor, y ahora transportado de un golpe á la mansion de todas las delicias, al seno de la gloria celestial! ¡Qué contraste ofrecen estas palabras! «¡El rico murió y fué sepultado en el infierno!» Y ademas estas otras: «El mendigo murió, y fué transportado por los ángeles al seno de Abraham». *El rico murió*, significa que de todos los bienes que poseia no le quedó más que el daño irreparable de haber abusado de ellos: la muerte le despojó de todo; para él concluyeron todos los goces, todas las ilusiones, todo el orgullo de la opulencia mundana; palacios y casas de campo, oro y mármoles, parientes y amigos, aduladores y parásitos, trenes y caballos de mucho precio, juegos y diversiones, fiestas y espectáculos, lujosos trajes y voluptuosidad de las comidas, séquito numeroso, secreto placer de verse envidiado, vana complacencia en verse señalado con el dedo, para él todo concluyó, todo se desvaneció: con su muerte todo ha muerto con él y para él: *Mortuus est dives!*

Pero eso no es bastante: del goce de todos los bienes ha pasado en un instante á padecer todos los males en el infierno. *Et sepultus est in inferno!* ¡Oh lúgubre catástrofe! ¡Oh lamentable escena! ¡Oh mudanza funesta! ¡Oh rico infortunado! dice San Pedro Crisólogo. ¿En dónde has caído? ¿Á qué extremidad te encuentras reducido? ¡Tú, que te vestias de púrpura, te verás cubierto de fango! ¡En vez del brillo de la púrpura, ahora tendrás el resplandor de devoradoras llamas; en vez de blando lecho, el caballete de la tortura! ¡En vez de los manjares exquisitos, el eterno banquete del dolor; y á la embriaguez producida por la espumante copa, sucede la rabia de una sed nunca apagada! ¡Tú, que no respirabas más que suaves y delicados olores, sufres ahora una fetidez horrible; expia ahora, con toda clase de privaciones, la abundancia de todas las cosas! ¡Estabas rodeado de todos los atractivos y de todos los goces de los deleites como de un coro de matronas escogidas, y ahora vas á verte rodeado del horrible ministerio, del espantoso cortejo de todos los suplicios! (1).

(1) Fulgens quondam purpura, tegere limo; pro coccino, vestire flammis: pro molli discubitu, sustine dura tormentorum; pro lautis ferculis, epulare pœnas, copias inopia compensa, ebrietates siti digere, pro odoribus aspergere fœtore; cui adstiterant voluptatis obsequia, adstent ministeria nunc pœnarum. (S. Petr. Chrys.)

Por el contrario, Lázaro, tendido en otro tiempo en el umbral del palacio de un pecador, ahora se halla en el seno del Padre de todos los creyentes; gimiendo ántes y siendo hollado, ahora se ve elevado en un trono en lo más alto de los cielos; despreciado en otro tiempo del rico, ahora es acogido al lado de Dios; rodeado antiguamente de perros, ahora se encuentra en compañía de los ángeles: Lázaro ha pasado de un golpe de la fatiga, al reposo; de la ignominia, á la gloria; del desprecio, al favor; de los malos tratamientos, á la recompensa; de la sed, al manantial refrigerante; de la tortura del hambre, á las delicias de la mesa celestial; de una larga muerte, á la inmortalidad; en fin, aquel á quien el rico negó hasta el más pequeño rincón de la más oscura de las dependencias de su palacio, se halla en posesión de la gloria, en el seno de las eternas bienaventuranzas y de los esplendores del palacio de los cielos (1).

No, eso todavía no es bastante. Desde el fondo del abismo, desde el lugar de los tormentos, el rico malo, demasiado tarde, y por primera vez, eleva hácia el cielo sus ojos, que miéntras vivió habia tenido fijos en la tierra; ¿y qué es lo que ve? Á Abraham en un trono de gloria, y en el seno de Abraham á Lázaro, que durante su vida encontró tantas veces á la puerta de su palacio, y del que apartaba la vista como de un animal inmundo, y á quien negaba, no sólo el consuelo de un socorro, sino hasta una ligera mirada (2). Viendo, pues, á Lázaro, en otro tiempo tan despreciado, entónces tan glorioso; ántes tan pobre sobre la tierra, y ahora tan rico de felicidad y de júbilo en los cielos, que hasta puede darle á los demás sin que le falte jamás á él mismo: «Padre, dice á Abraham, ¡tened compasión de uno de vuestros hijos!..... Enviadme por un instante ese Lázaro que estrechais contra vuestro seno; decidle que introduzca la extremidad de uno de sus dedos en el agua, y deje caer una gota en mi boca abrasada por el fuego, y humedezca mi lengua seca por la sed,

(1) Ecce Lazarus pro doloribus requiem, pro opprobrio gloriam, pro contumeliis honorem, pro despectu gratiam, pro vulneribus præmium, pro siti fontem, pro fame cœlestis mensæ delicias, pro poenis immortalitatem tenet; et quem divitis angulos non recepit, sinus divinæ consolationis includit. (S. Petr. Chrys.)

(2) Cum esset in tormentis vidit Abraham et Lazarum in sinu ejus. (Evang.)

porque con este ardor sufro un espantoso tormento» (1). ¿Y qué hizo entónces Abraham? ¿Qué contestó á tan afligida súplica? «Hijo mio, acuérdate que en la vida recibiste muchos bienes, y Lázaro no recibió más que males. Ahora, para él los consuelos, para tí los tormentos» (2).

¡Qué narracion, hermanos míos! ¡Cuán grande debe ser para nosotros su extension, cuán profundo su sentido!..... Hé ahí dos hombres, de los cuales el uno disfrutó durante su vida todos los bienes, y el otro no tuvo más que males. Y sin embargo de tanta abundancia de bienes, ¿qué le quedó al rico sino el remordimiento y el castigo del abuso que habia hecho de ellos? ¿Qué le quedó al pobre de sus males más que su glorioso recuerdo y la recompensa concedida á su resignacion? ¿De qué sirvieron al rico sus goces? ¿Qué mal hizo al pobre su miseria pasada? (3). Por el contrario, ¡ved cómo ahora el rico malo gime y se contrista de haber sido feliz y rico! ¡Cómo se congratula y triunfa Lázaro de haber sido pobre, despreciado y doliente! ¡Qué no daría el rico malo por haber pasado en la vida las penalidades y las humillaciones de Lázaro! ¡Cuántas gracias da Lázaro á Dios por no haber conocido las riquezas, las comodidades y los goces del rico malo! Ya hace dos mil años que el uno paga con penas atroces las fugaces alegrías de su ventura pasada, y que Lázaro gusta la dulce recompensa de sus padecimientos, y la disfrutará durante toda la eternidad. Para Lázaro será la alegría, para el rico malo el dolor y los lamentos.

Y ahora, recapacitemos que Jesucristo nos dirige á nosotros esa historia, para que comparemos esas dos vidas y esas dos muertes. ¿Qué os parece de ellas? Nos pregunta San Agustin. ¡Cuál nos parece funesta! ¡Cuál excita nuestros deseos! ¡Cuál nos llena de horror! Cuando para cada uno de nosotros llegue la muerte, ¿quién querrá haber sido rico y feliz en esta vida, como el rico malo? ¿Quién no querrá, por el

(1) Pater Abraham, miserere mei. Mitte Lazarum ut intingat extremum digiti sui in aquam et refrigeret linguam, quia crucior in hac flamma. (Evang.)

(2) Fili, recordare quia recepisti bona in vita tua et Lazarus similiter mala. Nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris. (Ibid.)

(3) Ad divitem omnia bona, ad pauperem mala omnia legimus pervenisse; nec tamen pauperem fregerunt adversa, nec diviti omnia secunda profuerunt.

contrario, haber sido como Lázaro humillado y afligido? (1).

¡Ah! Reformemos, pues, nuestras ideas, nuestros juicios y nuestros deseos acerca de la felicidad pasajera del pecador, y las efímeras penalidades de los justos. El mundo presente, dice San Pablo, es una escena teatral, una apariencia fugitiva, que bien pronto tiene fin; se desvanece, y no tiene nada de real y verdadero (2). Así, observa muy á propósito San Juan Crisóstomo, como cuando concluye la comedia cae el telón, los espectadores abandonan el local, y los que habían brillado en el palco escénico representando papeles de reyes, gobernadores y magnates, dejan sus trajes y oropeles, y aparecen lo que son en realidad, miserables histriones, mal vestidos y de mezquina apariencia (3); del mismo modo cuando llega la muerte, que viene á poner término al espectáculo de esta vida llena de ilusiones y de decepciones, cada uno deja el traje y el disfraz, ya de rico, ya de pobre, de grande ó de pequeño, de noble ó de plebeyo, cosas todas precarias y prestadas, y cada uno aparece ni más ni ménos que lo que realmente es en sí mismo. Entónces, el grande del siglo, que ha figurado de una manera soberbia en la escena del mundo, objeto en otro tiempo de los homenajes y de la envidia de los hombres, henchido de orgullo, duro de corazón, á proporción que se hallaba más enervado por la opulencia y la disipación, aparece al descubierto, con toda la baja de sus sentimientos, con lo torpe y lo injusto de sus obras, y delante de Dios ya no es más que un sér vil y despreciable; en fin, desde la cumbre de su poder, de su gloria y de su felicidad, vedle precipitado en la miseria, en la humillación y en el dolor.

Por el contrario, el pobre cristiano humillado, afligido, pero piadoso, resignado en las enfermedades, sufrido en la pobreza, humilde en el desprecio, y que perdona á sus perseguidores; ese pobre, que parecia un sér tan insignificante sobre la tierra, que jamás se atrajo ni una sola mirada por parte de los hombres, hé ahí que por la elevación de sus sentimientos, por la pureza de sus intenciones, por la honradez de su conducta, se revela como

(1) Ex his duobus quis est bene mortuus, quis male? (S. Aug.)

(2) Præterit enim figura hujus mundi. (1. Cor., VII.)

(3) Sicut in theatris, cum adstantes recedunt, ulceribus pleni videntur, qui visi fuerunt reges aut prætores. (S. Joan. Chrys.)

un sér verdaderamente noble y grande, asociado á los ángeles, compañero de los santos, heredero de los cielos y amigo del mismo Dios; hé ahí que, como Lázaro, pasa del hambre á la saciedad, de la sed al refrigerio, del desprecio á la gloria, de la miseria á la dignidad real, y de la muerte á la vida (1).

¡Ánimo, pues, nobles respetables, honestas madres de familia, artesanos laboriosos, jóvenes piadosos!..... Ánimo, cristianos religiosos, probos y de buenas costumbres, pero pobres, humillados, enfermos, perseguidos y afligidos, vosotros que pareceis haber sido condenados por una Providencia severa á no alimentaros más que con el pan de lágrimas y de dolor, levantad los ojos al cielo, abrid vuestros corazones á la esperanza y á los consuelos divinos: *Surgite postquam sederitis, qui manducatis panem doloris* (2). Esperad con una fe viva, con una firme confianza, con una voluntad constante, con un corazón generoso, el día de la remuneración, el día de la muerte, en que Dios repara todas las injusticias, compensa todos los daños, reconoce todos los sacrificios y corona todos los méritos; el día en que pone todas las cosas en su lugar, en el que restablece el orden en la más exacta equidad, y en que así como castiga todas las iniquidades del impío, recompensa también todas las buenas obras del justo, y da á conocer que la condición del justo es siempre feliz, y la del impío es siempre miserable: *Dicite justo, etc.*

SEGUNDO PUNTO. Por única respuesta á la encarecida súplica del rico malo: «Acuérdate, le dijo Abraham, que en la vida no has recibido más que bienes, mientras que Lázaro no ha recibido más que males» (3). ¡Qué palabras tan grandiosas, dice San Gregorio, qué sentencia, digna de ser meditada con estremecimiento, más bien que explicada por el discurso! (4). En efecto, como observa Tito de Bostro, Abraham no dijo que el rico *no habia tenido*, sino que *no habia recibido* en la vida más que bienes,

(1) Sic adveniente morte et soluto spectaculo universi, larvis egestatis et divitiarum depositis, ex solis operibus dijudicantur quinam veri divites, quinam pauperes qui gloriosi, qui ingloriosi. (S. Joan. Chrys.)

(2) Psalm. CXXVI.

(3) Recordare quia recepisti bona in vita tua, Lazarus autem similiter mala. (Evang.)

(4) Ista sententia, fratres carissimi, pavore magis indiget quam expositione. (S. Greg.)

como Lázaro *no había recibido* más que males. *Recibir*, se dice de las cosas que por alguna justa razón no son debidas (1). Luego, prosigue San Gregorio, por la significativa palabra *recepisti* nos da á entender que, así como el rico con la afluencia de bienes durante su vida recibió la recompensa de algunas buenas obras, Lázaro recibió en aquel exceso de males el castigo de algunas faltas (2). Las miserias de que Lázaro fué víctima, no deben, pues, ser consideradas sino como un fuego purificador y una expiación pasajera de sus faltas, expiación á que Dios le sometió en esta vida, para que no tuviese que expiar nada en la otra; por el contrario, los bienes de que el rico fué colmado, no fueron más que la recompensa de algun acto virtuoso, recompensa que encontró en los bienes fugaces de este mundo, para que no tuviese que pretender ninguna en el otro (3). Así Lázaro, presa de las tribulaciones y de la más horrorosa miseria en esta vida, fué, por lo mismo, purificado y preparado con ella para la recompensa. Por el contrario, el rico recibió acá abajo, con la opulencia, la remuneración de algunos actos de virtud, y perdió por eso todo derecho á las recompensas eternas (4).

¿Ha habido jamás una doctrina más grave ni de mayor alcance? Vosotros los que en esta vida no careceis de nada, vosotros los que abundais de todo, vosotros los que encontráis por donde quiera medios prontos y fáciles, caminos expeditos y numerosos protectores dispuestos á elevaros á las dignidades, para las que no teneis otro título ni otro mérito que la ambición de vuestros planes y la bajeza de vuestras intrigas; vosotros á quienes las riquezas y los honores, por decirlo así, os han ido buscando anticipándose á vuestros deseos; vosotros, que habeis obtenido vuestra elevación únicamente con pedirla y hasta sólo con deseársela; vosotros los que, sin saber cómo, os encontráis en un estado de prosperidad á que jamás hubierais creído poder llegar,

(1) Non dixit accepisti, sed recepisti; recipiuntur enim quæ justo aliquo titulo debentur. (*Tit. Bostr.*)

(2) Dum dicitur, recepisti, indicatur aliquid boni habuisse ex quo in hac vita bona receperit, et Lazarus habuisse malum quod purgaretur. (*S. Greg.*)

(3) Mala Lazari purgavit ignis inopiæ, bona divitis remuneravit felicitas transeuntis vitæ. (*S. Greg.*)

(4) Illum paupertas affixit et deterisit; istum abundantia remuneravit et repulit. (*Ibid.*)

vosotros deberiais, en vez de aplaudiros y de estar satisfechos y complacidos, de envaneceros, de hacer ostentación y de triunfar de tanta felicidad, deberiais, continúa San Gregorio, humillaros y temblar de miedo al pensar que eso pudiera ser muy bien la recompensa temporal de algunos actos de virtud, y por consecuencia la exclusión de las recompensas eternas (1). Sí, deberiais temblar, porque Dios jamás está más irritado contra el hombre en este mundo, que cuando parece más apacible y placentero con él; jamás tan terrible como cuando parece más indulgente, y nunca más severo para castigarle que cuando le colma de toda clase de prosperidades. Sí, vuelvo á repetiros, temblad, porque generalmente Dios no concede la felicidad en la vida presente, sino para privarnos de la vida futura; y cuanto más grandes son los bienes que nos concede de presente, mayor es el castigo que nos prepara; temblad, porque así como á los condenados á muerte se les da lo que piden, y á los enfermos cuya curación se tiene por imposible se les da de comer lo que apetecen, como se retira del trabajo y se ceba al buey que se destina á la carnicería, como se lava y se adorna de flores á la víctima que ha de ser sacrificada, del mismo modo Dios no os contenta, no os favorece, no os recompensa y satisface en el tiempo, sino porque está decidido á castigaros en la eternidad; no os colma de tantos bienes visibles, sino porque se halla resuelto á excluirlos de los bienes invisibles y espirituales, y porque no teneis que esperar más que castigos en la eternidad (2). Por el contrario, vosotros, hombres verdaderamente cristianos y piadosos, pero perseguidos por la miseria, atormentados por la enfermedad, humillados por los ultrajes, oprimidos por la injusticia, y desacreditados por la calumnia; vosotros los que á pesar de vuestra exactitud en cumplir los deberes de vuestro empleo, de vuestra constancia en el trabajo, de vuestra aplicación á una profesión, de toda vuestra diligencia en materia de industria, y de vuestra probidad en el comercio, sólo podeis conseguir á duras penas el proveer á la subsistencia de

(1) Si qui estis qui in hoc mundo boni aliquid accepistis, ipsum donum exterius pertimescite, ne vobis pro quorundam vestrorum actuum retributione sit datum. (*S. Greg.*)

(2) Pertimescite ne iudex qui hic bona exteriora restituit, à boni intimi retributione repellat. (*S. Greg.*)

vuestra familia y ganar vuestra vida; vosotros que encontrais obstruidos todos los caminos, cerradas todas las puertas, todos los hombres sordos á la justicia de vuestros derechos y á la verdad de vuestras necesidades; vosotros que siempre veis preferidos á los extraños, elevados á los empleos á los ineptos, á los intrigantes promovidos á los honores, y á vosotros siempre postergados, siempre olvidados, siempre alejados, no digais que hasta el mismo Jesucristo desoye vuestras quejas, que no escucha vuestros ruegos, que no es sensible á vuestro dolor y que Él tambien os abandona y cesa de amaros. No, no, no hay nada de eso. ¿Por ventura no ha amado á María, no ha amado á los Apóstoles, los patriarcas, los profetas, los mártires, los santos de todos los estados, los cristianos de la primitiva Iglesia, los penitentes, las vírgenes y todos los santos de las dos alianzas? Y sin embargo, ya veis cómo los trató en esta vida. ¿Ha habido acaso uno solo que no haya pasado por la estrecha puerta de las tribulaciones, que no haya pisado el espinoso sendero de la pobreza, de la ignominia, de la humillacion, de los padecimientos y de los dolores? El Dios que ama es el Dios que en esta vida mortifica, aflige y humilla; no el Dios que contenta, que acaricia, que enaltece: « Á aquellos á quienes amo, dice el Señor, los reprendo y los castigo » (1).

¿Cómo pues, Lázaros afortunados, podeis decir que Jesucristo no os ama, si os trata como trató siempre á su Madre, á sus mayores amigos, á sus más fieles servidores, á sus más ilustres campeones, á los más señalados defensores de su gloria, á los más caros objetos de su tierno amor? Vosotros tambien, como Lázaro, no obstante vuestra piedad y vuestra honestidad, teneis pasiones que corregir, manchas que borrar y pecados que expiar. Dios, por ese estado de tribulacion en que os deja, al mismo tiempo que no favorece mucho á vuestro cuerpo, se ocupa en purificar y en enriquecer de gracias vuestra alma. Por la privacion en que os deja de los bienes de la tierra os prepara la posesion de los bienes del cielo; por ese tratamiento tan riguroso en el tiempo presente os dispone para compartir su bienaventuranza en la eternidad. Ese Dios, que ahora parece tan severo para con vosotros, veréis un día cuán indulgente y bueno es para vosotros.

(1) Ego quos amo, arguo et castigo. (*Apoc.*, III.)

Él mismo lo ha revelado en la Sagrada Escritura; es el herrero que golpea el hierro con el martillo para ponerle más compacto y lustroso; es el genoroso jefe de ejército que empeña al soldado en una accion peligrosa, para poder en seguida concederle el premio; es el platero que pone el oro en el crisol candente para hacerle más puro (1); es el agricultor que esparce por la tierra la semilla, la cubre y la prepara para fructificar (2); es el cultivador de vides, que poda la viña fecunda para hacerla más vigorosa (3); es el padre que castiga al hijo para hacerle más prudente y más digno de su herencia y de su amor (4).

¡Ah! ¡Que jamas cruce por vuestra mente el envidiar á los afortunados del siglo su felicidad tan encomiada! ¿Qué felicidad es ésa que luégo habrá de detestar, llorar y maldecir por espacio de tantos siglos? No, no es dichoso el que sólo goza algunos dias para padecer eternamente. Que no os ocurra el quejaros de vuestras aficciones y penalidades; esas penas y esas aficciones sólo os contristan por algunos dias, por algunas horas, y en la muerte, lo más tarde, deben trocarse en un goce eterno. Tengamos siempre presente en nuestro ánimo y grabado en nuestro corazon esta magnífica historia del rico malo y del pobre Lázaro. Fijemos con frecuencia la mirada del alma en ese cuadro admirable dibujado por la mano divina del Salvador (5), y podremos sacar de él bastante fuerza y valor para evitar el envanecernos en la prosperidad y abatirnos y degradarnos en la adversidad y en la condicion más miserable. Sí, ese cuadro será como una enseñanza permanente, como un libro siempre abierto para instruirnos en la verdadera sabiduría y en la verdadera filosofia (6). En él aprenderémos, en efecto, una grande leccion, la única capaz de

(1) Tamquam aurum in fornace probavit electos Dominus. (*Sap.*, III.)

(2) Si granum mortuum fuerit, multum fructum affert. (*Jo.*, XII.)

(3) Ut fructum plus afferat. (*Joan.*, XV.)

(4) Quem enim diligit Deus, castigat; flagellat autem omnem filium quem recipit. (*Hebr.*, XII.)

(5) Quemadmodum conspicientes depictum in pariete divitem aut pauperem, nec illi invidemus, nec hunc despiciamus, eo quod videmus. (*S. Joan. Chrys.*)

Hanc igitur parabolam inscribite pariter divites et pauperes in parietibus animi vestri et ante oculos mentis. (*Ibid.*)

(6) Nec hujus vitæ læta nos poterunt inflare, neque tristia dejicere, et erit vetus documentum et materia totius philosophiæ. (*Ibid.*)

reformular nuestros juicios, de moderar nuestras pasiones y de arreglar nuestra conducta; sí, la grande leccion, que tan deplorable como es y funesta la condicion del pecador, tan apetecible y digna de envidia es la condicion del justo en el tiempo y en la eternidad. «Decid al justo que todo va bien para él. ¡Desgraciado del impio! Será tratado segun el mérito de sus obras: *Dicite justo quoniam bene. Væ impio in malum! Retributio enim manuum ejus fiet ei.*» Amén.

DÉCIMACUARTA HOMILÍA.

EL RICO MALO EN EL INFIERNO,

Ó LA PENA DE SENTIDO.

Nolite timere eos qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; sed potius timete eum qui potest et animam et corpus perdere in gehennam. (S. MATEO, x.)

No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed más bien al que puede precipitar en el infierno el cuerpo y el alma.

Un escándalo todavía mayor que el que deplorábamos ayer, y de que se hacen culpables hasta los hombres cristianos, es el que, cuando se trata de los reyes de la tierra, se observan sus leyes, se respetan hasta sus menores signos, se temen sus juicios, se honra á sus ministros hasta la abyeccion, y falta muy poco para que se adore, no sólo á sus personas, sino hasta á sus imágenes; miéntras que, por el contrario, cuando se trata del gran Rey de los reyes, del Rey supremo, del Monarca omnipotente, del Dios Altísimo, primer Amo y Señor, Dueño esencial y absoluto del universo, sus mandamientos quedan sin ejecucion, su voz no es escuchada, sus invitaciones son rechazadas, sus beneficios no son de modo alguno apreciados, su culto, sus ministros y sus templos no son respetados, y no da ningun cuidado ni su indignacion ni sus juicios.

Y sin embargo, por más terrible que sea el enojo de los reyes de la tierra, se limita á la vida presente, es impotente despues de la muerte, espira en la tumba y concluye con el tiempo. Sólo la indignacion del Rey de los cielos se prolonga hasta el mundo venidero, nos espera al salir de la vida, y nos acompaña más allá del sepulcro para castigarnos en la eternidad.